

Caballeros Templarios

daniel bernardo grimberg



Image not found.

Capítulo 1

Caballeros Templarios (Por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Había elaborado una declaración independentista en ese ambiente de hombres de fe y de negocios, y se comunicaría en forma clara y exhaustiva sin temer que aquello fuera inasequible o infalible. Ardiendo, con una honestidad insobornable, y eufórico por poder desembarazarse del pasado, el hombre acorraló a la audiencia con sus paralelismos teóricos, innovando, concibiendo métodos, sin entretener disensiones de poca utilidad. Tenía la plena seguridad de que estaba conformando a un núcleo duro dentro de la organización: personas que dejaban de lado a la prudencia y se conjuraban con una felicidad indescriptible. Sus palabras penetraban en los corazones, y él contemplaba como lo aplaudían con admiración. Los planes arquitectónicos que les planteaba, habían cesado de ser horribles para pasar a ser hermosos.

Jorge Mateotti saturó a los Caballeros Templarios con la rasante insistencia en reducir a Jacinto Placido al polvo cuyos bloques se desarticulan apenas los toca el viento, y a un arcano enigma que ya no era necesario desentrañar, y por quien no se debía matizar más a alguna simpatía. Sí, todavía había que tratarlo con una dosis de honor, pero porque había sido reducido a la impotencia. Mateotti dedujo que no ejercía más influencia sobre la Organización, al decir que había quedado anulado y había sido estigmatizado por los medios. Ese hombre era una parcialidad de lo que había sido, el símbolo de lo fulguroso que había entrado en agonía. Su felicidad, apenas perceptible, consistiría en meditar acerca de los viejos trabajos mientras heladas gotas de sudor caían por su frente. Endeble e imaginativo, reconstruiría las posibilidades de ser rescatado a través de las codicias extraordinarias que había sabido preservar. Mateotti expresó entre mudo y absorto como se había puesto cuando se enteró de la suerte de Jacinto, en un mal hadado mediodía en el que no impidió que se deslice de su lengua a alguna truculenta imprecación (bastante inevitable entre los que se manejan con cierto grado de pragmatismo). Placido representó a la condición del hombre que va por calles céntricas y elegantes, y cae por la trabajada trama de una emboscada que no alcanzó a divisar. Ahora había que romper con él por su estatura inmoral, porque se convirtió en alguien tenebroso, mientras Mateotti quería recomponer a la estructura de la Organización. Placido no

los aprisionaría ni los correría hacia los territorios desacertados e incoherentes. Los Caballeros Templarios nunca se superpondrían con un contenido conjetural, porque Jorge Mateotti estaba ahí para abordar a los problemas con nuevas perspectivas.

Ese era su obligación implícita, y una propuesta clara para vencer a lo apócrifo que se presentaba en cada vuelta que hacían las agujas del reloj. El gordo Mateotti sintió a una nube negra que lo tapaba, y en el medio de la sala a un rayo de luz que lo iluminó en forma mística; y supo que su destino estaba comprometido con esos hombres, y se sintió aún más poderoso durante la aproximación que hizo a los hechos. Se remitiría en forma constante a prescripciones muy amplias; a lo largo de su disertación, Mateotti exhibió la imperturbable conciencia de un hombre de bien dotado de una preocupación acorde a sus instintos proféticos. Había discurrido por algunos fragmentos olvidados de la historia de los templarios, con enseñanzas que fueron rescatadas por la actividad de su memoria. Había que entender aquellas cosas que parecían incomprensibles y desatar las energías que anidaban en el corazón. La incesante música de su voz hacía que su pesado cuerpo se balanceara, y con cordura se enfrascó en recuentos sumamente testimoniales.

Se asumía más como un colaborador, que como un infatigable directivo que quería adoptar una estrategia de alto vuelo para los Caballeros Templarios. Un solidario esfuerzo era necesario para reestablecer al camino de la superación, y llegar a la meta final sin oquedades, cegueras, o fluidos martirios que no servirían para nada. Había que ponerse los pantalones largos antes que se quemasen las horas con la inutilidad de seguir rendidos a Jacinto Placido quien sólo encontraría alguna justificación en el pasado común. Mateotti estaba llevando a cabo algo extraordinario que regularía a nuevos tiempos para los Caballeros Templarios de la gran capital sudamericana: prolongaba en el presente a un pretérito glorioso con la intención de que los negocios fructifiquen con fluidez.

Antes de enfilear por un número de constancias contables, y desafiar con algún sagaz retruécano a las apeladas y zaparrastrosas maniobras comerciales que se habían hecho, dedujo que ya se había ganado la aceptación de los hermanos dolidos por la ausencia de Jacinto en ese espacio compartido. Su dramática intervención estaba rompiendo todas las fronteras, y ya no se tenía como patético al lejano eco que decía que ese sujeto aún regía a la Organización: este quedó como un pájaro emplumado con alquitrán que ya no podía volar; su liderazgo de origen pasional y patológico había caducado. No contaría con medios propios, por lo que Mateotti pidió tomar distancia de sus antiguos ritmos.

Ahora su experiencia lo llevaba a meditar acerca de aquello distintivo que había salido mal de los trabajos que Placido había tomado sobre sí... y de los que él, como orador, era un fiel memorialista. Ser independientes del

Jacinto les permitiría resplandecer sobre las oscuras frustraciones del pasado, volver al sosiego normal sin tener que apelar a experimentaciones complejas. Mateotti procuraba hacer una renovación extrema de la Organización, y una amplia sonrisa sobredimensionó al marco oscuro de su barba; con su apariencia desmesurada desbordaba a interrogaciones insoslayables. Se situaba frente al nuevo mundo con sed, el corazón palpitando; tenía en claro cuál era su derecho y a su indeclinable expectación de que no iría a fracasar. Sus palabras corrían en concordancia con lo más profundos de sus sueños... y no sabía si en verdad dormía o estaba en el medio de la excelente realidad. La caída paradójica de Plácido había tenido su consentimiento secreto, y la vio como la gran posibilidad de volver a las verdaderas causas. Y no es que fuera un héroe ni un hombre dignamente rudo, sólo se veía como una buena persona preocupada por lo que consideró errores brutales que se basaron en lo azaroso y se alejaron de la tradicional filosofía pacífica. Los Caballeros Templarios habían sido expertos en grandes disciplinas antes de que Jacinto Plácido procediera a su sectorización. Y era su misión volver a encuadrar a la Orden en sus antiguos fines, liberarla de las vejatorias tensiones impuestas por el desdichado Jacinto. Era hora de recuperar al mundo perdido, y hacerlo parte de la realidad tangible; para eso le bastaría no hacer más irritantes concesiones que evitarían armar una relación amorosa con el universo.

Jorge Mateotti (que estaba intoxicado con toda las drogas y antídotos que existían), forró al centro del escenario con el espumoso humo del tabaco que fumaba. Ya los hermanos no se arrastrarían hacia espejismos debido a la irresistible presencia de aquel al que declaraba como un pobre y nefasto que se había estancado en las sombras. Tal vez Mateotti había sellado con esas palabras a una agraciada traición, o dignificó a la cobardía, o sólo manifestó su ininterrumpida intención de dejar ser un peón dócil, que escribía desde escritorios remotos a los números (que nunca tuvieron un significado pleno) de los hermanos templarios. Con optimistas ánimos explicó los arduos causales de su rebeldía, e hizo un prometedor dibujo de lo que sería su gestión: Las comunicaciones entre los miembros serían respetuosas, se llevarían a cabo empresas caritativas, y todo sería aplicado con una claridad indispensable. Y como si lanzara un insulto, bramó que erradicará a la ignorancia (en sus oscuros ojos hubo un fulgor que representó a su determinación a realizar una insensible obra).

Uno de la audiencia le pidió una aclaración (un tal Joaquín Matienzo), y dejó caer un comentario pícaro que hizo reír a varios de los presentes; ese era el momento concreto de comprobar si era posible el regreso a casa. Se notaba como las formas cordiales predominaban en su diálogo, debido a su pretensión de armonizar los hechos en ciernes con las guardadas razones de su corazón. Consideró menester que había que contar como fueron las cosas, con sus hermosuras y fealdades, una y otra vez, aunque sus complejidades fueran difíciles de precisar; no bastaba con contemplar

al panorama: había que pensar y actuar para recomponerlo. Joaquín Matienzo no quería ser un espectador pasivo y temeroso, pero no estaba dispuesto a brindarle fidelidad a un engañador, y juró que no se apartaría de la visibilidad para integrarse al interminable lamento de la nada. Había decidido tener una humilde participación en los revolucionarios acontecimientos, y anotar minuciosamente los detalles que reportaría el devenir; abarcó en su postura a lo ideal, enjuiciando a lo mucho que había habido de hipócrita. Se dispuso a tantear cuales eran los presupuestos del Gordo Mateotti para sacar sus propias conclusiones.

Por otro lado, Jorge Mateotti representaba a la gente que rondaba por el mundo con avidez y fortaleza, a los que trabajaban para que sucediera lo elemental que no los dirigiría a un orden nostálgico, sino a las aspiraciones que lindaban con lo utópico. Pero para muchos ese hombre era una rara pieza, una astilla en los zapatos de Plácido, por lo que le desconfiaban a pesar de que se creía muy valioso o lleno de sus dotes intelectuales... en verdad les parecía un trepador con muchos deseos de situarse en la cúspide e incendiar a las escalinatas. Alguien que había buscado al poder desde el día que se había afiliado, y si bien dijo haber guardado luto por el derrumbe de Plácido, de continuo lo estigmatizaba. Por cierto, que esas personas seguían amando a Plácido pese a sus defectos y manías, o quizás solo lo reverenciaban... eso era imposible saberlo.

Mateotti quería revitalizar las finanzas de los modernos templarios, y con salvajes ansias de grandeza los llamaba a efectuar importantes censos. El valor excepcional de su propuesta residía en deshacer los viejos errores del Jacinto, para lo cual daba indicios que emprendería una obra que nunca se desviaría de los contundentes programas que alguna vez habían sido cumplidos por la Organización. Imaginó que los hermanos lo verían como un hombre puro y generoso, muy bien capacitado para abrir y cerrar las puertas que hicieran falta, y no como quien hacía referencias directas a un complot o asumía las piadosas tareas de anular a las conjuras.

Los hermanos se encontraban en el Centro de la Asociación, cuya cúpula de imágenes terrosas y doradas invitaban a rastrear a un pasado, para llegar a un futuro que más que esotérico sería trascendental. Retomarían las actividades sin que se encontraran más razones para que hubiera condenas, o la poco exacta liviandad de revisar a los abundantes expedientes legales. Quería que las doctrinas se hicieran compatibles con los eruditos, y no con los oscuros ratones que astillaban a su paso, a las maderas que encontraban intactas antes de dirigirse a su inframundo. Los templarios se encontraban en el medio de una lucha a piedrazos, pero gracias a la iniciativa de Mateotti no quedarían a la deriva, ni predicando arrepentimientos a sombras que quedaron descarriladas.

Este dijo, en un momento en que las luces del podio dieron sustento a su argumento final, que Jacinto Plácido había robado los tesoros de la Orden,

por lo que debía postular una restructuración económica. Dejó ver la desproporción que no lo impulsaría a actuar de manera coercitiva (pero primero tendría que examinar más a los viejos aspectos, y luego conjeturar cuales habían sido las inmunidades de aquel maldito demonio). Tenían que determinarse a actuar con la admisión que los números resultaban más importantes que cualquier meloso sentimiento, ya que detrás de estos nunca existió pasividad, sino las operaciones que activaban al mundo.

Jorge Matiotti proyectaba al despliegue de la Organización, un mirar para atrás con la idea de buscar a la famosa libertad con discreción. Lo suyo sería el inicio de una travesía que nunca se enrarecería con sospechas, ni con fracasados apetitos, y sin siquiera a las nociones que no sería posible dar cuenta de acuerdo a la elemental adecuación que se hace sobre lo cronológico. En esa época de acusaciones y edictos inquisitoriales era muy grande el permiso que el Gordo daba a los hermanos. Sus palabras se circunscribían a una ética que no se podía ordenar ni establecer por decreto. Dejarían de lado a la noche más profunda, para que el sol hinche a nuevos y despejados cielos. La potencia de actuar haría que los asuntos comunales readquirieran a sus formas predeterminadas.

Esa sala había sido cuidadosamente rotada de la anterior, y Jorge Mateotti se movió a sus anchas al lanzar sus amplios desafíos al ruedo. La hermandad debía eliminar los residuos que dejó Plácido... a sus métodos rancios, y dismantelar a aquellas minas que dejó abandonadas y que aún nadie había detonado. La futura dimensión trascendía a lo individual y debía ser descifrada colectivamente. Las periódicas odiseas de los templarios no acabarían con el desplazamiento de Plácido, aunque él había querido desplomarlos bastante tiempo atrás cuando estableció un complejísimo juego en base a ficciones que incluían a los sentidos ripiosos de las fábulas: a las grandes producciones de mentiras que eran la única forma que había encontrado para desincentivar al uso de la razón.

Porque Jorge Mateotti había tomado la jubilosa alternativa de no caminar bajo la sombra del caído, renunciar a oír a sus comentarios lapidarios que eran densos errores, o riquezas que habían perdido su espesor en este mundo. Con su discurso trató de definir de otra forma a ese espacio común, obviando en una manera calculada a quien cayó en la atemporalidad de la duda sin necesidad de ocupar la tumba que una simultaneidad de enemigos le habían asignado. El Gordo expandió a la exhibición de sus disimilitudes con el que fuera el Gran Maestro por más de una década, y que no insertó a su gestión con la necesidad de un gobierno universal, sino que prefirió que la Organización funcioné a partir de estímulos vejatorios. Matteoti hizo novedosas distinciones que sacó de un cuaderno en el que abundaban los aforismos, y dio genuinas alabanzas a la unidad de los templarios, que no se había desmerecido pese a la obra del hombre empotrado en un dualismo lamentable por el rechazo de lo natural a lo que tuvo un origen ficticio. Aglomeró a muchas broncas a lo

largo de su discurso por la consternación de haber hecho sucesivas vigilancias para reunir datos... fueron interminables las noches de vigilia en las que se conminó a investigar hasta que se algunos pájaros se erguían victoriosos sobre el marco de su ventana. A sus reproches y rencores los mantenía congelados con sus sonrisas adamantinas. Se anudó la corbata, recomponiéndose de una fatiga en su respiración, que sin dudas se agravaba más de lo normal por la acumulación de grasa en la zona abdominal de su cuerpo.

Lanzó una admonición: si no despertaban quedarían atrapados dentro de los sueños. Estaba obligado a pregonar entre los templarios con su calidad de administrador, que haría una correcta interpretación que sería la contraria a la que haría cualquier charlatán y vendedor de presunciones. Suprimiría la mala imagen de la Organización... él no encarnaría lo oculto sino a lo visible. Empezaría a la definitiva recuperación de la entidad después de tantos años de desconciertos.

De los restantes asuntos de Jacinto Placido, adujo que las ciegas labores de su exilio eran misterios inhábiles, y negó qué retuvieran algún valor. Se trataban de vulgares cacofonías ajenas a la transparencia que debía tener el trabajo de Gran Maestro, clandestinas concatenaciones de hechos que jamás se saludaron con la verdad, e inclinaron a la entidad a la locura a la vez que rompieron a su equilibrio presupuestario. Habló de las consecuencias de lo hecho por Jacinto (las graduó en el peor caos), pero ya no merecían el esfuerzo de rememorarlas, o de darles con agotadoras palabras alguna sobrevida.

Jorge Mateotti en ningún momento fue abucheado por la concurrencia, y a ese anochecer lo tomó como el dulce comienzo de su misión; había presentido con un contentamiento rabioso a la calidad de ser libre cuando oyó como se amontonaron algunos aplausos. El hombre sentenció qué la confabulación de los templarios contra Placido ya se trataba de un acto indefectible. Y si a su imagen la fundían en forma dramática para quitarle la categoría de mito, de ese hombre ya no retendrían recuerdos problemáticos.

La actual precariedad de Jacinto Placido fue lo que había dado origen a esa rebelión que perdió al pudor inicial, y ganó una definición que luego derivó en otros tópicos laterales. El Gordo había hablado con minuciosa pasión, apelando a los sentimientos fraternales de la audiencia. Con sus políticas evitaría a la división: dictaría mansos estatutos que evitarían cualquier peyorativa exclusión de algunos de los hermanos. Ahora a Placido había que considerarlo de un sujeto débil encadenado a lo tenebroso, una voz que no se escuchaba más, unos ojos que sólo se enderezaban en la oscuridad de las noches. Lo que le había ocurrido a ese Gran Maestro fue documentado por la vasta burocracia del Estado que no dejó a ninguna rendija libre: Placido sufrió la suerte de los que cayeron a

los lodos con sus añoranzas imposibles.

Mateotti sonrió y con los brazos intentó subsumir a la ovación de la audiencia, que asimismo le produjo una exaltación que localizó en los latidos más fuertes de su pecho y en un sabor agradable que le surgía de la garganta. Unos cuantos se levantaron para seguir aplaudiendo y dirigirle sonrisas que esgrimían con la buena probabilidad de que resultarían convincentes. Los templarios se estaban separando del orín, del alquitrán, y de todo aquello que desgraciadamente los había subordinado a Plácido.

Una mujer se levantó de la audiencia; se correspondió con el Gordo, pero supuso que habría que hacer un arreglo con el empobrecido Jacinto que se encontraba situado por profundas sombras y no podía tocarlos ni verlos, pero aún se movía sin fatigas, esperando qué lo acaudalado y agradable de las fechas cayera finalmente sobre su humanidad. Existía la tendencia recurrente a pensar en él; la gente habilitaba en su imaginación la contraposición de su imagen con los recién adquiridos conceptos. Plácido había echado a los hilos del mundo, y los llenó con atentos sueños y misteriosas tensiones, y en cierta forma había coligado lo que iría a ocurrir: a aquello muy audaz que jamás tendría efectos alegóricos. Él los había liberado de situaciones embarazosas hasta cuando ya no estuvo más a la altura de las circunstancias; sus sombras y sus voces eran inacabables tendencias que desafiaban a todos los grados del distanciamiento. Ese hombre, en algún lugar, seguía anhelando a su reino, y se enardecía por las falaces nuevas configuraciones que hacía el tiempo que lo tenía como rehén y a la vez era fugitivo... a su cabeza la habían sumergido en un gris ambivalente, y no era que su cuerpo se encorvaba, pero parecía como que había sido quemado por una luz maligna que le hacía caminar como si pisase piedras.

El Jacinto no entendía cómo era posible que lo criticaran y juzgaran cuando su autoridad no se sometía a las radiaciones de una reducción, y seguía navegando por los mares a pesar de no encontrar una ribera a la vista. Se había hastiado de la inferioridad creada por las condiciones en que lo habían puesto, más allá de los esfuerzos procedentes de sus aliados. Ese era un juego de ribetes vulgares con el que pretendían suspenderlo en la nada para que no tuviera ninguna incidencia en la realidad. Él, que siempre supo tener esperanzas, se veía sometido a lo rutinario, al fruncido entrecejo de los poderosos que pensaban que había cometido mayúsculos errores, a planteamientos que le hacían y resultaban muy difícil de hacerlos conciliar con sus emociones: Jacinto era un hombre que lloraba cuando veía una puesta del sol, o al oír a músicas de tiempos idos.

Había sido tan lamentable las previsiones que hizo la mujer acerca del bienestar de Plácido, frente a los ostentosos conceptos de Mateotti, qué éste explayó que era un presumible acto de justicia que su rival se

hubiera convertido en el más desposeído de los hombres al que ya se lo debería pintar sobre los irreversibles murales de niebla.

Sin embargo, este, que se encontraba alejado y ajeno, no pasaba por pericias dolorosas, y si bien no saltaba de alegría, al sacarse algunas de las viejas exigencias de la cabeza, ya no se regía por la imperiosa obligación de cumplir. Es decir, se desparramaba con tranquilidad por aposentos alfombrados para redescubrir quien era. Vivía una vida sin fantasmas ni arraigos, aunque sentía a la progresión de días que, al ser demasiado persistente, lo hacía caer en intermitentes tristezas. Lo que le pasaba, era, que siendo fuertemente pasional estaba hambriento con verse y abrazarse con todos; ansiaba al fin emerger con su inspirada capacidad de conducir, y no creía que había algo honorable en ser partícipe del algún sufrimiento.

Tal vez, en su mente experimentaba solaces irracionales en los que continuaba validándose como el emblemático Gran Maestro, con la rebosante intuición de que los hermanos estaban esperando a su regreso luminoso. ¿Se pensaba como irremediable? Probablemente sí porque ya no podía pensar en otra manera. Lo hermoso y fundamental de creer en algo consistía en que no requería hacerle una investigación. Si bien el hombre variaba semana tras semana, no valía la pena creer que en algún momento le llegaría el tiempo de agonizar, o que un segundo podía ser era la última oportunidad que se tenía de respirar al aire sin sobresaltos.

El Gordo alargó su cuello para captar si había algún otro mirón despreciable, pero no notó a alguno que imprimiera en las huellas de su rostro, a un huidizo rechazo. Los hermanos se identificaban con su pensar, y esa idea le creó una conmoción que sólo sienten los hombres de virtudes enteras. Sin embargo, se obligó a reflexionar que la apacibilidad podría ser el fruto de la justicia, pero también de la muerte. Después de todo, las verdades para que sean tales, tenían que ensangrentar a las personas: la verdad siempre duele porque va a contrapelo de lo que se creía antes.

Después de haber mostrado sus naipes en esa Asamblea de los Caballeros Templarios, Jorge Mateotti, escuchó de labios de Joaquín Matienzo que Jacinto Placido había tenido un consistente deseo de acabar con los templarios: el hombre no mantenía un espíritu lúcido, sino que se inflamaba con grandes odios. Esa destrucción sería una construcción poética que emparejaría a sus mentiras con lo verdadero, y acabaría con la dimensión afectiva que habían labrado los hermanos. Se había hartado de que ya no hubiera entre él y la Organización una mera casualidad (a esa decisión la había construido con susurros durante impenetrables conversaciones que sostuvo con espejos inexistentes). En ocasiones los ojos de Placido se congelaban, y se comunicaba con señas que ensalzaban a su mudez. Su alma se había entroncado al más fuerte rencor, y ansiaba

que su caída tuviera su correlato en la de sus camaradas; ese no era su sentimiento heroico, pero sí la inmediatez de su desear que, por supuesto, no recibió un elogio de Matienzo, sino a su condenación inmensurable y taciturna. Y si bien repetía como un autómatas estar al servicio de la vida, ese odio llevó a Plácido a una retórica fronteriza con la que no temió cometer a los peores excesos. En el lugar en que se encontraba, la voracidad de las sombras borraba a cualquier compasivo resplandor.

Matienzo había dejado de considerarlo el Gran Maestro para asignarle una posición dentro de lo confuso... se trataba de un hombre que ya no poseía a la tierra, ni al cielo con sus cosmologías, y gritaba desde su pozo sin fondo que todavía no perdió a su talismán de la buena suerte, y que una cantidad de referenciales sujetos lo rescatarían no sólo a través del ejercicio de la memoria; todavía contaba con adeptos susceptibles de ser localizados en el espacio. Joaquín Matienzo deslizó como si rodaran por una suave pendiente, a aquellas enajenaciones gritadas por el Jacinto quien ya no reunían más fervores ni devotos. Ese hombre había sido trastocado por una fiebre vil que lo desvió de lo racional y ensombreció a su postura en el mundo, aunque no había perdido a las palabras, que las hacía valer como murmullos o cualquier otro sonido que registrara penas o alegrías; revivía permanentemente a un pasado que lo desahuciaba. Matienzo, a diferencia de el Gordo, había pedido permiso a la audiencia para fumar, comprendiendo que ese placentero acto podría ser tomado como algo repulsivo, y observó a lo humo como si fuera un caballo alado que había salido de su nariz para posarse en su frente.

Los hermanos no se movieron ni renovaron a sus asombros; se protegían hundidos en las butacas siguiendo a la inmemorial práctica de esperar: ver lo que salía de aquello sin responder a lo que no dejaba de ser la génesis de una gran perplejidad. Para que no hubiera más desgobiernos, Matienzo tronó durante su controlado discurso, y giró su cabeza de un lado a otro... quería qué en esas instalaciones y durante esa jornada, se consolidase el mando de Jorge Mateotti, quien (entendía) nunca ejercería un embrutecido poder. Le dio a su bendición consagratoria porque si no el caos convertiría a hombres ávidos de aprendizaje, en bestias que se dispersarían a la buena de Dios. Ya no habría más días oscuros si los hermanos observaran con algo de admiración a ese hombre que no los llevaría a violentos tumultos, sino a un abigarrado renacimiento. El juicio del Mateotti representaría a la verdadera naturaleza de los templarios.

Joaquín Matienzo había asistido a la Asamblea para darle su terrible raudal de apoyo, y habló como si estuviera en trance, como quien no mira, ni teme tropezar incautamente con alguna piedra de la realidad. A su idea central: la desazón, no la puso en su boca, es más, como el buen calibrado pensador que era, la consideró insostenible; su voto particular no tenía argumentos que no fueran evidentes. Él celebraba a la armonía de la Organización sin utilizar semánticas extrañas o misteriosas. Porque cuando se apagasen las luces y se reeditasen las viejas fábulas, sus

contundencias no serán únicamente dialécticas y sus secretos no serán vistos como una excepción. Por entonces, Joaquín Matienzo no estaría seguro de nada, aunque nada habría de escapar a su examen y de las reglas en las que creía.

Sí, el gordo Mateotti era el mejor candidato para servir como Gran Maestro de la Organización. Sólo debía ejercer un inocente equilibrio entre el método y el azar para que los hermanos siguieran proliferando. "Los Caballeros Templarios debían obedecer más a los que enseñan que a los que mandan" (Joaquín Matienzo parafraseó a San Agustín). Sin una aparente irrespetuosidad, declaró a Jorge Mateotti como un hombre capaz de comprender las dimensiones cósmicas del universo, y no un tipo ordinario que, de acuerdo a sus violencias se sabía cuáles eran los comienzos y los finales. Lo calificó como quien no temía debatir para alcanzar un consenso.

II

Esa sede de los Caballeros Templarios estaba sobre una acolchada avenida, y para entrar había que abrir puertas cuyas manijas de hierro estaban algo oxidadas, en estas había inscripciones cuyas crudezas rasgaban las manos, claves secretas que demostraban la insuficiencia del lenguaje para entender al infinito o lo absoluto. Y había que decir algunas palabras que se consumían apenas rondaban en el éter. Había que desposeerse de uno mismo, aniquilarse por algunos segundos, y eyectarse fuera de sus propios límites. (cada hermano mantenía un sabio perfil y sabía bien cuáles eran las condiciones para moverse). Porque si uno descontrolaba a su lengua, se descuidaba, esa actitud podía hacerle volar las tapas de los sesos. Y su presencia real no debía compendiarse en otros relatos: sus palabras eran sopesadas indiscretamente en ese mundo en permanente construcción para captar o no a su estabilidad. Pronunciar una línea repleta de adjetivos podía hacer que uno ingresara a un palacio, jugara en la oscuridad sin develar cuál era su fórmula secreta, se anticipara a las posibilidades materiales, colmara a su inteligencia con alguno de los infatigables significados, o bien en forma directa la muerte.

La sede de los hermanos era un edificio qué había sido majestuoso, y cuya arquitectura (aún viva) producía un extraño sentimiento de perplejidad.

Sus ordenadas salas habían sido construidas para englobar al individuo y superarlo, y cumplían con la sencilla razón de preexistirlo, y traducir en forma magistral lo que habían hecho los otros hermanos que ahora se ubicaban en lo único duradero: en los alumbrados espejos de las paredes.

En ese día sólo algunos infranqueables oradores armaron sus discursos sin que hubiera gritos profanos (en esas circunstancias la Organización recomendaba usar al sentido común). Todo transcurría con docilidad y

calma, aunque se temía que una latente fuerza apareciera desde el inmanente fondo de callejuelas torcidas. Abajo, en el último sótano, había una bodega con las mejores reservas de vino que expedía un marco eufórico a las reuniones, pero no desajustaba a la puntuación que en todo momento había que poner sobre las oraciones. Esa era la destreza con la que se movían esos modernos templarios. Resultaba claro que la permanente ambigüedad de los que hablaron no fue tomada como una contradicción, sino como la valiente pretensión de vencer al descreimiento, de suscitar la grandeza antes que la cotidianeidad monstruosa les creara un clima enrarecido.

Para llegar a la sala de audiencias, había que ascender por los diferentes niveles de escaleras de hierro, pasar por sucesivas puertas, a las que se golpeaba hasta que un celador respondía. Hacían ese itinerario para restar terreno a la ficción: era una paulatina manera de subsumirse en aquello que no había perdido a sus características verosímiles, y una reproducción muy prolija de lo que otros habían hecho. Recién después zurcían a un tiempo gregario. Y abordaban a la Verdadera Doctrina para denostar la falsedad de los negadores. Era la clave para entender a esa hermandad que rehuía a las improvisaciones. Lo templarios no reconocían ilicitud alguna en sus actividades, porque suponían que no fomentaban a las imperfecciones y era muy digno el trato que se brindaban. Teóricamente entre ellos no existían riñas ni circunstanciales antagonismos; las grandes miserias pertenecían a los extraños que nunca reconocieron méritos en la enroscada sobrevivencia de esa hermandad.

Los templarios que habían llegado desde las cuestas de los grandes mares, asumían que el vino estaba dentro de las instancias más profundas que ofrecía la tierra, y al enderezarse con un brindis para captar un acontecimiento (o celebrarlo), deshacían provisoriamente de sus memorias a la muerte y a cualquiera de sus herramientas. Era música lo que oían cuando combatían entre sí el agua y el fuego, que asimismo era la convocatoria para entender al simbolismo que los desasociaba del mundo de ensoñaciones; ellos nunca habían nublado al sendero fatal por el que pasaban los siglos.

Detrás de los muros de sus segregados edificios se reunían en cónclaves organizados por sus Maestros. Ahí decidían sus comercios próximos, y las medidas que sus miembros pondrían en práctica antes de la última dispersión. La meta era expandir a la obra colectiva, analizar con ojo crítico lo que no veían o no les resultaba convincente, y compartiendo a las mismas medidas mitológicas desafiaban al enemigo cósmico del hombre. En esa modernidad tenían el conocimiento que todo eclosionaría dentro de las imperantes sombras, pero ellos recibirían indulgencias por sus pasados vicios.

Pero ya era clásico el embuste: sufrían un gran cercenamiento de sus libertades debido a los vanos gestos desaprobatorios de las autoridades, que nunca soportaron con facilidad a los saberes que provenían de los Caballeros Templarios. A pesar de las inválidas disquisiciones de esos extraños sujetos, se asignaron como necesario el papel de mediar en las partes que no estaban reglamentadas dentro del universo. Los hermanos, agitados por sus afanes, enorgullecidos, y desplegando a su hastiosa sabiduría, construyeron obras que quebrarían las espaldas de sus enemigos (los que los quisieron enterrar con las atentas descripciones que les hacían, o al menos separarlos de los demás, o de cualquier posibilidad concreta que se atribuyeran unilateralmente).

III

Durante aquella ocasión a Mateotti le dieron abrazos retumbantes, férreos; fueron explícitas y aprobatorias las reacciones de la gente, similares a las que efectuó Joaquín Matienzo. Este justificó a la decisión de encumbrar al Gordo, de cuadrarlo en el alto mando de la Organización sin que eso implicara un sediento delirio, sino el abrazar la gran Causa otra vez, sin mezclar a lo eterno con las magias constantes.

Mateotti descendió de la tribuna haciendo suaves firuletes con los pies a pesar de su pesada mole. Su figura se contraponía a la del otro (Jacinto Plácido) que era más bien bajo y fornido; este, que había sido el Gran Maestro de los Caballeros Templarios, ahora estaba encerrado, prendiendo estufas para echar atrás al invierno, ornamentando a su cuerpo con prendas simples, e intentando sonreír para ensanchar a su pequeña cara y destrabar al fin a su restringido ceño. Frente a los visitantes no quería mostrarse trastornado o fuera de quicio, ni hacerse objeto de una crítica de tono desmoralizador. Quien lo viera en persona le notaría alguna que otra desilusión, algunas expresas discrepancias producto del haber terminado amurallado, obedeciendo a sentencias pastosas y llenas de liviandad. Se encontraba en un separado extremo del mundo, porque lo habían excluido de la risa, e insertado en las máximas perturbaciones que suscita el vaciamiento de la temporalidad.

Joaquín Matienzo había sugerido que Jorge Mateotti se desligue del drama del Jacinto Plácido, y que acabe con sus fricciones para que desaparecieran las ansiedades entre los Caballeros Templarios. No se originaría ningún espanto porque este ya no podría retornar y mucho menos irrumpir en las Asambleas. Resumió algunas críticas de lo que Jacinto había hecho durante los años en que este consideró "decisivas" a sus enseñanzas, y daba una gran importancia a configurar un nuevo prestigio a la Organización. Hizo a ese sórdido inventario que también fue una potente reflexión, además provisionó a esa reunión con agüeros baratos y cercanos. Pero de golpe se quedó callado como si hubiera escuchado una música que amaba, y que en parte también sería una definición del pasado. Había comprobado que no existía una negativa

reacción de los que aún no querían desajustarse a los fallos concluyentes del Jacinto. Nadie cuestionó al Gordo, ni se mostró a favor del anterior Gran Maestro, o relató cosas que podrían considerarse ilícitas, y por un rato las desavenencias se hicieron invisibles. Sin excepción, se efectuó un plano reconocimiento a la jerarquía intelectual de Mateotti, quien pidió que se concediera el vulgar desdén del olvido al sujeto que en los últimos tiempos había sido tan amado como atacado, y de quien Matienzo recopilaba a malditas memorias. Ahora y a partir de los altos vuelos decretados por Mateotti se reunirían con la mayor frecuencia para definir lo grave y a lo azaroso, y a aquello que no debería interrumpirse. Así se prodigarían las mismas dignidades que obtuvieron los Caballeros Templarios de Barcelona, Marsella y Michoacán.

IV

No todas las circunstancias de Jacinto Placido se asimilaban a la oscuridad, aunque era cierto que estaba debajo de gruesas paredes de hormigón armado, sosteniendo el mango de una sartén con intenciones de cocinar algo que le quitaría el hambre. Había quedado como un observador externo dentro de esa perimida periferia y urdía muchas evocaciones, pero no se dejaba desbaratar por el desencanto. Se había cansado de ver muchas veces en la televisión que su pequeña figura fuera propuesta como la de un pájaro de mal agüero, que a sus ordenados tráficos los hicieran pasar por obscenidades. Como Gran Maestro de los Caballeros Templarios, siempre había estado al tanto y furioso de lo que ocurría dentro de la amada Institución. Pero en esa época, sin certezas de nada, se habían sido enunciado un buen número de trasgresiones, y no era que sostenía una burda enemistad con los que no razonaban, sino que algunos se salieron de las predecibles conductas para enfocarse como los vitales contrastes de sus enseñanzas. Sabía quiénes habían creído menester recurrir a esos procedimientos peyorativos, quienes no tenían paciencia, y quienes eran proclives al desparpajo.

Sin ninguna precisión física, Jacinto estaba en medio de las intrigas constantes y tumultuosas que hacían algunos templarios, y sus antojos y ausencia de remordimientos eran incluidos dentro de las inevitables simetrías. El Jacinto decía sentirse fortalecido por las muchas coincidencias que tenía con los mudos muros que lo rodeaban, y aunque le llenaran las jarras con los mejores vinos, en esos dilapidados momentos él se hacía el distraído para que no se notaran los signos de indignación que se apiñaban en su rostro. Justo cuándo creía que estaba todo tranquilo le llegaron noticias de Jorge Mateotti, y sus oídos zumbaron a causa de sus repugnantes presupuestos.

Siempre había creído que la virtud consistía en permanecer afable, pero no pudo hacer valer a la indiferencia frente a eso tan afrentoso que surgía dentro de un contexto en el que se despreciaba a la desproporcionalidad de su ausencia, y en el que prevalecía una expansiva y vociferante

rebelión. Un sustancial anatema fue colocado sobre los traidores, y no fue parcial su opinión de aquel que había violado a lo que debía tomarse como sagrado e infalible. El emisario que entró a su "residencia", y caminó por las alfombras azules que había hecho poner, le contó lo que ocurría, mientras que él cerraba las ventanas para que no se escurriera de ese sitio alguna de esas ignominiosas cuestiones. No hubo nuevas variaciones, sino historias que fueron ampliamente documentadas acerca de la trabajosa traición que nunca tuvo visos de terminar, en la que se circunscribieron algunas secuencias rituales. Placido tuvo la inmediata impresión de que ya no era necesario averiguar más nada; la barbaridad había dejado de ser una conjetura, y él sabía lo que había entre los templarios, lo que se comentaba en cada una de las reuniones, a cada renovada alucinación, y a los embalajes comerciales cuyos números eran muy precisos y asustaban a algún que otro sector social.

Porque con un inerme coraje que le hizo arrugar la frente, saliendo al cruce de esa confluencia negra que era la implementación de la infamia, sacó a relucir a sus métodos que no tenían aleaciones del azar, y se dirigió con prepotencias, pero también con una clarividente justificación. Jacinto hinchó su pecho y su rostro brilló como si hubiera visto la salida del sol padre... no solo habían permutado a sus valores, sino que querían dismantelar a sus rutas como si lo que había hecho hubiera brotado de la nada. Lo estaban bastardeando a partir de esa mala vuelta que le había pegado. Se sentó en el sillón, y desinhibido se sacó la camisa y se palpó una cicatriz que tenía a la altura de la cintura, y una vez más lanzó una palabra triste, pero cerró los ojos y se imaginó en una playa del Caribe (donde debería estar) acariciando con sus pies desnudos a las arenas, y al mar que al llegar a esos límites siempre había sido breve y manso.

Durante los aparentes ocios de esos días, Jacinto raspaba con sus zapatos al suelo y frotaba a sus manos con impaciencia; también recababa información y planificaba a lo que entendía que era plausible. No se permitía haraganear y mucho menos bajar la guardia. Él nunca se convertiría en una estatua, por el contrario, seguía con sus trajines cuando toda la ciudad estaba adormilada. Por supuesto que plasmaría una aterradora negociación con el Gordo, aunque siempre había hecho las cosas de una manera discrecional. Ese maldito Gordo, al que antes lo había tenido como un tercero o un cuarto, bien apartado en su rincón, se había abierto paso con una adulterada imaginación que no enriquecería para nada a los Caballeros. Durante esa amena conversación con su "fuente", se impuso esa temática con el comprometido rigor con que se trata a las bajezas erradas y escondidas.

Desde ese contexto subterráneo, en el que predominaba la luz artificial, el Jacinto con su imperceptible aspecto seguía aconsejando, armando a los visitantes con sus puntuales definiciones. Les decía que ya no cumpliría con el papel de un sabio mediador. Se había llenado de glorias y seguía siendo el hacedor de fastuosas fiestas, por lo que no permitiría que la

bronca hiciera estallar violencias en su pecho. No hacía casquivanas encomiendas, sino que decía a cada uno lo que tenía que hacer. Sus consejos eran reconstrucciones de su vida, las premisas que lo transportaban al pasado cuando él mismo tenía que abordar un vagón, y verse cara a cara con los "duendes azules" y demás contemporáneos cuyas vaguedades lo desgarraban. Respiró en un tiempo medido: aquello no debía enardecerlo ya que las cosas volverían a transcurrir como si el tiempo fuera una alfombra mágica.

Pensó que aún durante las grietas que se abrían en los sueños, era imparable, y a su silencio convenía interpretarlo como algún tipo de acción. Pronto sería bien notada su continuidad frente a lo moralmente crítico que se le presentaba, y su perplejidad era la de un sujeto refinado. Su reposada sabiduría no era convencional, y se basaba en el valor que como hombre siempre le había hecho serpentear para adelante. Había ejercido la representación de los Caballeros Templarios a través de favores, vaticinios y premios: solía hacer entrega de aquello que nunca debía escasear. Y aparecía frente a la sociedad con su legítimo nombre, sin miedos, aunque sin aspirar a un estrellato cinematográfico. Con su voluntad ardiente siempre se hizo ver, sin mirar para atrás ni de soslayo. Tanto en los calones de diciembre como en el frío del invierno, él era el Jacinto Placido, hombre al que jamás cortaron los muros ni lo dejaron sin resuello. Y seguía emitiendo sus juicios (no siempre cordiales) aunque en ese momento tuviera la prestancia de un fantasma, o alguien cuyas excelencias no se basaban en las condiciones habituales. Jacinto no estaba sumido en la oscuridad, ni en un abyecto cuarto en el que apenas un hilo de luz se filtraba.

Se encontraba en un tieso lugar dentro del tiempo que es siempre el presente, sin innovar en la situación del hombre que es la de ser un solitario, y con la profesión de un Gran Maestro que se había puesto por arriba de lo escandaloso de acuerdo a su insaciable generosidad. Pero Jacinto no procedía de una estirpe de blandos ni se dejaría llevar por la desesperación, y si bien hacía de vez en cuándo algunas provocaciones pequeñas, se movía con una enternecedora sencillez. Se lavaba la cara las mañanas frente a un espejo que era incapaz de imitar a sus rasgos con burla. Y seguía al forzado juego de esperar, con paciencia, evitando a los trastornos innecesarios... podría haber obtenido lo que deseara, pero nada quería. Durante ese reconocimiento brutal de la profusa traición que le apareció de golpe, enhebró en su mente a los excesos de los que pretendieron que cayera de espaldas, de aquellos que se respondieron con liberalidad al error innombrable, en la perfidia de los que querían hacerse pasar como sirvientes de la Institución. Su paz había sido envenenada, tosía charcos de ira; había descorrido con fluidez a la oscuridad que no le permitiría detenerse. Lo otro que también hizo, fue mostrarse agradecido y satisfecho: puso mucho dulzor en su rostro, aunque su corazón

estuviera congestionado con amarguras.

El Jacinto no dejaba de atesorar lucidez a pesar que lo habían maltratado mucho; sus merecimientos habían pasado a ser las cicatrices heroicas que dejan las viejas heridas. Habló con la punta de su lengua atrasando a las palabras, con su franqueza incalculable adujo que siempre ayudó a los hermanos. Y al Gordo le había dado un trato justo (lamentó no haber hecho una investigación específica para ver si forraba a sus bolsillos con dinero). Por un tiempo había olvidado a su escasa jerarquía, y lo auxilió en varios temas con una preocupación que no debió haber tomado ese alcance. Razonó que haber permitido que se mueva la serpiente, fue equivalente a que lo pique aprovechando a un desatado tumulto.

Él había sido el buen amigo de todos, aunque algunos negocios lo habían abrumado porque era muy cuidadoso y ponía mucha responsabilidad. Fueron algunas sofocantes presencias que no había distinguido a simple vista, que merodearon por sus contornos, y hasta llegaron a donde estaba la médula de las operaciones. Ahora el Jacinto se encontraba en el medio de dos mundos: el de los templarios y el de las autoridades, oyendo a todo los que se decía o musitaba en su favor o en su contra, sin derramar acusatorias palabras sino con los labios bien cerrados. Había sido demasiado benévolo, y lo seguiría siendo porque quería darles una pequeña lección.

IV

Jacinto controlaba con su simpatía a todo ese ambiente: a los policías que le hablaban con voces aletargadas, y a los otros presidiarios que al llegar a donde estaba, le hacían un atormentado número de reverencias. Era cuestión de calibrar, de nivelar las cosas para bien: porque los condenados en el fondo eran los guardianes: los policías que se engranaban con las brumas se trataban de desacertados sujetos que se abrumaban con los recintos diarios que debían traspasar, con sus recias costumbres y los gritos huracanados con los que debían dirigirse a los presos. Pero no con él: el Jacinto circulaba por ese presidio con libertad y a veces fingía haberse perdido. Los policías se mostraban desdichados si no lo veían, y cuando lo hacían, bajaban sus cabezas, le sonreían, y empezaban una frase que no llegaban a terminar. A eso no los revelaban como gestos casuales, sino como una embelesada serie de enlaces y construcciones solidarias que habían hecho con ese único personaje, cuando adentro de la cárcel apilaban a mucha inmundicia. Ninguno daba la tonta imagen de estar fuera de control, sólo querían desparramar sobre él a alguna palabra armoniosa o ensamblarse en algún tipo de amistad.

Los guardias tenían al adecuado instinto de reconocer quién era Jacinto Plácido. Un hombre no muy pulido, que había sido una máquina de trabajar, pero al que el aparato coercitivo del Estado se había ensañado en denigrar de acuerdo con las más pesimistas de sus observaciones. Por

las paredes de esa penitenciera se oían los ecos de las hazañas de ese hombre que no tenía un notable aspecto, pero a quien sus novias no dejaban de visitarlo porque desconfiaban de que, si se iban en esa misma noche, las dejarían plantadas y picando cebollas para que sus lágrimas pasaran como un detalle circunstancial. Las mujeres se aferraban aún más a él, cuando olían la presencia de "las otras".

Por esas desbordadas emociones, en un bolso, el Jacinto, recibía fajos de dinero que distribuía reposadamente. Esa era su inquietud y su dicha, y no le gustaba hablar de sepulturas, ni de gusanos, ni mandar a despeñaderos a los hombres que caían en engaños, sólo se entusiasmaba al dar a los demás la materialidad necesaria para sustentar a sus espíritus. Así nadie cometía la genuina profanación de mirarlo como si fuera una imperdonable criatura de otro planeta.

Afuera y pese a los grises espacios que enfundaban los gruesos cementos, el lugar se conservaba dentro de la integridad de una llanura; a veces el Jacinto se retiraba hasta ahí para pasear por sus adoquines, y al estirar las piernas le nacían algunas tardías ensoñaciones. Luego recordaba o reflexionaba acerca de los errores que habían horadado a su mundo, o como se había hecho angosto el sendero que no conducía a ningún lugar, pero que había transitado para llegar, tal vez, a una incierta alegría.

Al albergar esos pensamientos se alzaba con su pequeña estatura poniendo en juego a todos los músculos de su anatomía, y se enfrentaba con la perversión del silencio con un vigor que no le era inusitado; al final se aseguraba que no estaba quieto, que sólo hacía un acecho inteligente. A menudo traspasaba algunos almácigos y pisaba objetos de plástico, y se situaba a la vera de uno de los vallados para planear mejor a su programa. Eran tramas pragmáticas, distintivas, indirectas enunciaciones que eran peores a cualquier cosa que insinuase. No disponía de un ejército de hombres, pero se basaba en lo que había proyectado en tiempos que ahora parecían remotísimos y se estaban acercando.

Aquí estaba bien protegido por los policías y los viejos matones que formaban su guardia personal; ellos lo acompañaban en esa prisión de la que conocía al dedillo cada uno de sus pasajes. Estaba rodeado de inolvidables amigos que estimulaban a sus grandes pensamientos y a las alegrías con que mantenía tibio a su corazón; honestos y bulliciosos lo paraban a cada rato para expresarle una incontenible admiración. Era gentilmente saludado hasta en el segundo en que llegaba a la puerta de su celda, y a cada uno les daba escrupulosos consejos juntos con automáticas sentencias de paz. La imperfección de esa realidad se diluía ante tantos buenos sentimientos y nobles confianzas. Placido estaba muy lejos de ser un animal enjaulado, o de ser exhibido como el más ilustre de una época que había sido fragmentada. Frente a los poderosos colores del cielo que no se habían desvanecido, Jacinto sabía bien quién

era.

Durante el extraño apogeo de ese encierro, concedía deseos como si fuera la versión un tanto chabacana de un genio oriental; uno que no había quedado aturdido y continuaba poseyendo a valiosos talismanes. No estaba en el infierno como imaginaban sus enemigos, ni su influencia se había convertido en polvo, sino que maquinaba en forma incesante y con su mente se retiraba a sitios muy felices. Muchos llegaban hasta su pabellón para inspirarle fuerzas; le decían cosas gratas que él necesitaba oír. Y les confiaba a sus bonhomías infinitas, a su intención de crear nuevos géneros de negocios, a su aversión por la mediocridad, y a sus tesones que en lamentables ocasiones habían sido confundidos con sentimentalismos. Desde civilizadas esferas le llegaban las mujeres que también eran sus novias, ante el visto bueno de los guardias que se regocijaban por el buen gusto que tenía. Jacinto estaba entre los afortunados, el que todas mujeres consideraban "el mejor candidato", pero aún debía observar al mundo desde el detenido marco de una prisión. No había aclaración que valiera: su reclusión dentro de esos muros ya lo hacían pecar de impaciente.

Fue Joaquín Matienzo quién le comunicó las horribles salvedades. El hombre flaco, solemne, de espigado cuello y andar delicado, no le retaceó información, y escuchó a los bosquejos que éste armó en forma subsecuente. A todo lo que Jacinto le dijo, Matienzo lo asintió con una vorágine que casi chupó a su cara. Así el visitante se fue, y pasaron algunos días antes que Jacinto lo usara para dilucidarle las variaciones que hizo del destino.

V

Lo que le dijo a Joaquín Matienzo por unos de sus teléfonos celulares, fue diferente a lo que le había dicho durante el encuentro presencial que sostuvieron en la prisión. Elogió a la destreza de ese hombre obeso y peleador (Jorge Mateotti), y no estableció a ninguna circunstancia que alterara el vínculo amable que tenía con él. Se trataba de un asunto urgente y se lo refería con celeridad. Placido no acarreó hambre de venganzas, sino que designó al otro como "quién tomara el mando del camino del oriente". Esa alusión resplandecería como algo extrañamente revelador; la inteligencia y osadía de Jorge Mateotti estaban fuera de dudas.

El Gordo cumpliría bien con su asignación por estar en un mundo de generosas facetas, cuyos objetivos jamás se constituyeron en disparates. Juntos no errarían de un lado a otro, y no se desconfiarían porque se habían empalmado tan bien que casi era como si fueran hermanos de sangre. A lo largo de esa conversación telefónica, Placido se refirió, sin dar vueltas, a su importante emprendimiento comercial, sin dejar que algún tenue descontento enmarañara a sus prolijas intenciones. Estaba

tramitando algo que anteriormente había escondido, en forma nada tímida, sino ostentosa.

Placido se entregó a esa charla con febril transparencia, como queriendo construir un puente para acercarse a los suyos, y como siempre, pagando al mal del mundo con monedas de bondad. Por cierto, que esa recompensa que estaba a punto de darle, fue sentida como una alegría por su corto cuerpo de toro, que además conservaba las candentes destrezas que tiene el tigre al cazar.

Aunque estuviera en el medio de un círculo de sombras, con las noches queriéndolo borrar a través de los sueños, sufriendo a la impudencia o la fatalidad de un castigo injusto, seguía preocupándose por su gente porque no podía abolir tantas nostalgias. En esa comunicación con Matienzo, no cesó de referirse al Gordo reverencialmente, y luego hizo una breve especificación en la que procuro que no se entorpeciera su lengua. Esta se referiría a una descendente fecha del 7 de agosto en la que habría que evitar entrar en sangrientos laberintos: en ese día a las catorce horas, se daría un feliz nacimiento y a la vez cesaría la guerra; ese era un gran esfuerzo que bregaba a favor de la unidad y en contra de la fragmentación.

Al armar a esa sentencia, Jacinto arqueó sus cejas y alzó su frente con un movimiento superador; con presteza le estaba dictando a su ayudante, Joaquín Matienzo, a las formas con que definiría al Futuro. Pese a que lo tenían como a un loro enjaulado, como siempre planeaba lo que vendría ya que esgrimía un poder que únicamente tienen los constructores de la realidad. De esa forma, el Jacinto se amistaba con el gordo Mateotti y causaba un magnánimo cambio en el mundo sin exhibir algo que fuer perturbador o tuviera huellas de duplicidad; haría que entre las indecisas variantes con que se extiende el tiempo, se cumpliera una: la que él promovía desde su posición de sórdida virtud y mansedumbre extravagante. Jacinto realizó una benigna lista con su teléfono celular y a plena luz del día. Estalló con esa información con mucho aplomo: sin que la voz saliera acurrucada.

VI

En el otro lado del mostrador, se dio comienzo a la pesquisa en esa misma tarde. Sorpresivamente habían sido provistas las respuestas a preguntas de ramificadas cuestiones cuyos aspectos hasta entonces habían sido insondables. Muchos habían esperado aquella fuga de información durante divididas noches, mientras maldecían por no hallar nada. La mujer que estaba acostumbrada a regir desde un despacho que la anesthesiaba honestamente de lo horrible e impenetrable de los bajos mundos, se llamaba María Treventos (había recibido a esa noticia a través de su teléfono celular, cuando caminaba con su pequeña y anónima envergadura por una plazoleta que se hallaba entre las torres de una

iglesia cuyos pórticos eran gigantes).

Ahora se había encaminado a sacarle el jugo a esa sorpresa fabulosa, dejando de lado al encantamiento surgido cuándo su secretario, Ángel Solzinini, le avisó aquello que habían averiguado subrepticamente, y que sería deducido a simple vista por cualquier observador. Habían reproducido todas las escuchas telefónicas (con sus vaguedades incluidas), y chocaron con el más espectacular de los datos. Tenían el conocimiento de cuáles eran los artículos y los horarios, que surgió de un imponderable golpe de azar.

María Treventos se había apoyado en sus continuos contactos para alabarse una vez más, ya que se consideraba una trabajadora que cumplía con un rol mayor al de atesorar expedientes. Era una empinada empleada de la Justicia que utilizaba en sus escritos a fórmulas que trasuntaban a sabidurías callejeras. Y tenía una verdadera disposición a trabajar duro hasta ser reconocida cómo Alguien en el moroso mundo de Tribunales. Ahora, lo único que tenía que hacer, era transcribir esa versión cantada de los hechos en una Orden Ejecutiva, y eso le provocó un feliz tumulto en su corazón. Se sentó en su escritorio y la dictó cómo algo que pronto levantaría una polvareda sensacional.

Jorge Mateotti nunca sabría de la intervención que se arrogó esa Procuradora de la Nación qué después de consultar al tomo XVII de la Ley, Jurisprudencia y Doctrina, ya había enmarcado penalmente a su conducta. Ella, anónimamente, se interpuso en forma activa en su camino, porque quería dismantelar a la temible organización que Jacinto Plácido aún dirigía estando preso. Había notificado al Departamento de Policía, que el 7 de agosto a las dos de la tarde un embarque entraría a un puerto de la provincia de Buenos Aires.

Después de tres días de contactarse con Joaquín Matienzo, Jorge Mateotti se sintió dispendioso porque el buque arribaría dentro de algunas horas. Antes había tenido miedo que esas remisas quedaran abandonadas, que se detuviera la locomotora de la Organización, y que los signos de su continuidad se detuviesen. Había aceptado las milagrosas nociones que le había dado Joaquín Matienzo acerca de esa recuperada carga, y en sus murmullos interiores no cesaba de decirse qué era un hombre rico. Matienzo le había dado todos los pormenores de esa operación como ser los números monetarios y las cantidades qué se moverían. Era un negocio redondo que sólo requería no actuar con pereza.

El Gordo, que se movilizó con un puñado de sus seguidores templarios, había tenido la convicción de que se beneficiaría enormemente, y que podría hacer lo que quisiera sin que los frenase el abatido Jacinto Plácido. Y supuso que todo lo que tenía que hacer era esperar que la embarcación que transportaba a la droga, llegase ese 7 de agosto al puerto de Ensenada. No entrevió que las ruinas primero se

revisten con las perfectas formas de la eminencia.

Fin